

SIETE DIAS DE LA CIUDAD

por Arturo Llopis

MEDIO SIGLO DE TEBEISMO

CREO que se ha solicitado de la Academia Española que incorpore a su diccionario la palabra «tebeo» como distintivo de revista y publicación infantil. Lo cierto es que se acaba de publicar, por la Editora Nacional, un libro que si no recordamos mal, se titula «Tebeo y cultura de masas». El tebeismo, pues, es un fenómeno

nidades y de relatos que cautivan por su originalidad o por su gracia, y que hacen que los niños se hayan convertido en los mayores «devoradores» de papel impreso. En 1905 ya había aparecido una revista en catalán, «Patufet», y en 1906 «Gente Menuda» editada por el diario ABC de Madrid. Ambas representaron un gran avance

T B O

SEMANARIO FESTIVO INFANTIL

Año I

Redacción y Administración: Calle de la Universidad, 34 - Barcelona

Núm. I



EN EL CINE — Mira Pepín, una calle de Nueva York, donde están las casas más altas del mundo.

—No señora; las casas más altas están aquí. Papá dice que le han subido el entresuelo tres veces... ¡Calcule usted dónde estarán ya los quintos pisos!

5 céntimos

REPRODUCCIÓN DE UNA PORTADA HISTÓRICA: La del TBO nº 1, aparecido el día 17 de marzo de 1917.

que no cabe echar en saco roto.

El tebeo barcelonés —mejor dicho, el TBO— acaba de cumplir medio siglo de existencia. Precisamente ahora. El primer número apareció el día 17 de marzo de 1917. Un entrañable periodista de la ciudad lo dirige, y uno de sus impulsores, Alberto Viña, nos explica los tebeos antes del TBO.

—En 1917, cuando los hombres que ahora cuentan 55 o 60 años eran unos niños que sólo tenían 5 o 10, no podían escoger sus lecturas entre demasiadas revistas. Estas eran escasas, y aún las pocas existentes tenían un carácter muy distinto de las que ahora se conocen. Aunque ya se había superado la época en que las revistas infantiles eran continuación de los libros de texto escolares, quedaba aún mucho camino por recorrer hasta llegar a las revistas actuales repletas de colorines, de ame-

dentro de las revistas para niños y adolescentes. Señalaban la desaparición de las grandes masas de texto para dar cabida de forma profusa a las ilustraciones sugestivas. Otras revistas con más o menos acierto siguieron a aquéllas hasta llegar al año 1917.

Don Emilio Viña, el padre de don Alberto, ha vivido intensamente la vida de una publicación cuyos destinos rige ahora.

—En aquel año a que se refiere Alberto —acota— un hombre que había pasado su primera juventud lejos de su patria, y que se había dedicado en tierras de Sudamérica a las más diversas ocupaciones como estanciero, caballista y explorador, regresaba a España. Mientras estuvo en América había mantenido contacto con su país enviando artículos y narraciones a periódicos de aquí en donde contaba sus aventuras, la

vida de los nativos y hasta trataba de temas agrícolas o ganaderos. Aquel hombre que se llamaba Joaquín Buigas Garriga, en 1917, como decíamos, regresó a España. Y llevaba en su mente un solo afán ilusionado: fundar una publicación para la infancia y dedicar a ella todos sus esfuerzos.

Por eso, casi inmediatamente de su llegada, lanzó al mercado una nueva revista infantil a la que llamó TBO.

Don Emilio, según su confesión, en realidad no la aparenta, se aproxima a los ochenta años. La vida le ha dado lustre y experiencia. Durante muchos años fue compañero de Buigas.

Joaquín Buigas va unido a esta revista barcelonesa, que cumple medio siglo. Su padre creó el monumento a Colón, su hermano, don Carlos, el «mago de las luces» —estos días enfermo— y todos los suyos fueron gente dispuesta al trabajo y a crear: los unos monumentos, como el de Colón, los otros revistas, una de las cuales (su nombre), a la mejor, figura en el diccionario de la Lengua Española.

ENRIQUE JARDI, AL PIE DE EUGENIO D'ORS

LE pido a Enrique Jardí, el autor del día con su «Eugeni d'Ors», una foto suya. Me tiende unas cuantas y elijo, ésta, un tanto macabra: Jardí al pie del sepulcro de Eugenio d'Ors, en el cementerio de Vilanova y la Geltrú.

Pienso que a Ors —me parece haberlo interpretado bastante— le desagradaría esta foto, un tanto altisonante, pletórica de reminiscencias y con un ángel, las irreales y etéreas figuraciones que él amó.

El libro, casi antes de ponerse a la venta, ya ha sido comentado y aplaudido. Ha tenido un lanzamiento feliz, un acertado enfoque propagandístico, pese a que a la Sociedad de Estudios y Publicaciones no le mueve, en eso de los libros, un afán crematístico ni mucho menos.

Jardí está satisfecho, pero a la vez, un tanto perplejo. Este libro le ha costado un gran esfuerzo; el acopio de datos sobre Xènius es extraordinario; en el acto material de escribir el libro ha invertido sus horas libres de un año. Para él, el ángel de la foto podría desplegar generoso sus alas, porque bien se lo merece por su esfuerzo Enrique Jardí Casany, doctor en Derecho. Pero antes, y de ahí la perplejidad del autor de «Eugeni d'Ors», escribió un libro —que humildemente juzgo formidable—: «Antoni Puigblanch. Els precedents de la Renaixença» y pasó, por menos que inadvertido, no obstante constituir una pieza capital para comprender unos hombres y un movimiento de recuperación social y literario.

El autor se confiesa, pero no se lamenta:

—Mucho peor que mi obra: «Els catalans de les Corts de Cadis». Es un libro de pocas páginas que no provocó ciertamente muchos comentarios. Pues bien, invertí meses y meses en su elaboración. Le diré, por ejemplo, que para escribirlo tuve que leerme todos los actos y sesiones de las cortes gaditanas.

Enrique Jardí Casany, nacido en Barcelona el 19 de noviembre

JOSE TARIN-IGLESIAS DESCUBRE LOS AMIGOS CATALANES DE UNAMUNO

A José Tarín-Iglesias le interesan las personas, a veces tanto o más que los personajes.

Ciertamente —nos confirmamos— de los veintitrés libros publicados, siete u ocho de ellos están dedicados al estudio de determinadas personas. Son aportaciones a la biografía de esas determinadas personas.

La más extensa de sus obras es una vida del abad Marçet: «Mig segle de vida montserratina».

—Montserrat es otro de mis temas. Son mis querencias. Tengo seis libros sobre la montaña y los hombres que vivieron en ella, desde Oliba, el fundador, hasta los oscuros e inominados eremitas que alzaron sus pequeños oratorios al socaire de las cien cimas montseratinas.

Tarín convive con el espíritu de Montserrat.

—Pero sólo en verano y algún que otro domingo. San Cristóbal es mi refugio.

San Cristóbal está al pie de Montserrat, pero en un lugar silente y recoleto. Basta alzar los ojos y contemplar el muralón grisáceo de la montaña. La casa de Tarín creo que se encuentra contigua a la iglesia. Crecen unos cipreses altos. Es su refugio y su biblioteca. Está atestada de libros. A Tarín le gusta vivir rodeado de letra impresa. Empezó en el perio-

dismo. Algunos de sus libros los ha escrito en Sant Cristòfol, cerca los árboles susurrantes y melancólicos.

Allí, ante la presencia espiritual y física de Montserrat, ha evocado en cuartillas a sus maestros, a la gente querida.

Me tiende su último libro: «Unamuno y sus amigos catalanes».

—Es la historia —me explica— del epistolario, hasta ahora inédito de don Miguel de Unamuno y su amigo barcelonés, don Santiago Valentí y Camp. En el libro cuento cómo trabé conocimiento con estas cartas, la mayoría de las cuales proceden de un legado que el escritor Joaquín Montaner, hizo a la ciudad y del cual me había hablado antes de morir.

Estas cartas ayudan a comprender algunas facetas de Unamuno, por ejemplo: su amor por Cataluña; si... su amor por Cataluña y, asimismo, a través de ella se valoriza y se rehabilita la figura de don Santiago Valentí y Camp, del cual podía escribirse una novela, pues fue un personaje fabuloso, un apasionado del saber y apóstol de la cultura popular.

Sarprendo a Tarín-Iglesias en la «Casa del Libro», en charla «libresca» con el más popular de sus vendedores: Antonio. La letra impresa no es el «hobby» de José Tarín-Iglesias, sino su razón de ser.



Enrique Jardí, al pie del sepulcro de su biografiado: Eugenio d'Ors. La foto fue obtenida allí donde reposan los restos mortales de Xènius, en el cementerio de Vilanova y la Geltrú

de 1924 tiene en su haber once libros. El penúltimo ha actualizado la figura d'Ors: «Tres diquem-ne desarrelats (Pijoan, D'Ors, Gaziel)» es algo así como el preludio, la introducción a éste su último libro, «Eugeni d'Ors», y acaso la introducción a otros libros y a otros estudios

que aún estaban por hacer y escribir entre nosotros.

En esto y en otras cosas que afectan a la cultura del país hay que contar, pues, con Enrique Jardí, hombre sereno, tranquilo, un tanto flemático, a menos, como tantas veces ocurre, que la «processó vagi per dins».